

deriva y de la que nunca se desgaja del todo. Entre la *Raó* y la *Ment* se halla la *imaginació* (llamada también *fantasia* y *follia*); *fantasia*, con su raíz etimológica *fhaos*, luz, representa un anticipo de la iluminación propia del Intelecto —la *Ment*—, que piensa y *es* en la verdad en cuanto posee la divina luz del pensamiento proveniente de la Mente, que a la mente trasciende. Sólo la *Ment*, pues, que más que una facultad es una potencia que progresa de la a-mente al acto intelectual, satisface la exigencia socrática del *conócete a ti mismo*, sobre el cual Foix levanta su nuevo Humanismo; 6) más allá de la *Ment*, en una esfera más alta, hay el Uno, que contiene la razón ejemplar, paradigmática, de la unidad mental: es el *Totum* infinito que se difunde en la infinidad de los *minima* individuales y constituye el impulso vital y único que forma y mantiene en su perpetuo ser el mundo. El supremo principio de las cosas es este *U* inconmensurable e inefable que como *natura naturans* asegura el ser eterno del Cosmos. La Poesía, que añade al conocer de la Mente, el Verbo, podría socorrer al Yo cognoscitivo en tamaña empresa.

De una premisa evidente y de una voluntad que se impone un fin claramente establecido, brota una tensión, un *intentum* físico, espiritual y emotivo que, bajo la aparente forma de actividad inútil, aventurosa o lúdica, se transforma en puro dinamismo del pensamiento. Como el *otium* de los latinos, como la *oisiveté* de Valéry, el ocio foixiano se resuelve en fecundidad intelectual y creativa:

Après tant d'orgueil, après tant d'étrange  
Oisiveté, mais pleine de pouvoir,  
Je m'abandonne à ce brillant espace,  
(*Le Cimetière Marin*, estr. 6)

\* \* \*

El primer soneto da inicio con el doloroso y gozoso despertar del Yo («i de dol» / «Deleges foll?», 1 y 7), que ha tomado conciencia de su ser pensante y se adentra en el camino del conocimiento absoluto, sin la mediación de la sensibilidad.<sup>2</sup>

Vuelta la espalda al mundo exterior, el yo se adentra en la sombra, en un paisaje mineral y desierto. El desierto es el dominio de la abstracción; la noche, doblete del desierto, es negación de lo terrenal, «noche oscura del alma», necesaria para que la Verdad se haga Luz. La *vetusta gonella* remite al tópicus de la *pellegrinatio* del alma abandonada a sí misma en un camino de ascetismo lleno de trampas y obstáculos, que, en Foix, son espejismos y errores de la mente: «Per quina terra vella, / —Per quin cel mort—, o pasturatges muts» (5-6). La *gonella* es túnica en contacto con la desnudez absoluta, posesión del alma intelectual. El Yo se desprende de los sentidos y de lo exterior y viste el sayo de la humildad y rigor intelectual para hacer efectiva la potencialidad de la mente. El *vetusta*, ¿no es el *home antic* de XXXVIII?<sup>3</sup> El Yo de todos —Yo individual y

<sup>2</sup> Cfr. el siguiente fragmento de *Quatre nus* (en *Ibid.*, p. 271): «Fugitiu en el boscam bullangós de la ment, no m'havia adonat que enfilava un trencall que em portaria a la jungla de sílex on més d'una vegada m'he aturat per mirar-me a mi mateix amb ulls eixuts.»; cfr. asimismo Valéry: «Mon âme ainsi se perd dans sa propre forêt, [...] L'âme, l'âme aux yeux noirs, touche aux ténèbres mêmes, / Elle se fait immense et ne rencontre rien... / Entre la mort et soi, quel regard est le sien!» (Fragments du Narcisse, III).

<sup>3</sup> Este concepto reaparece en otras ocasiones: «Cantaré sol per orris i caelles / El cant de tots, amb aire antic i plors» (Les irrealis omegues, IX, en op. cit., p. 121); «Em vesteixo d'home antic» (On he deixat les claus..., IX, en *ibid.*, p. 155).

colectivo— parte desnudo del mundo para retornar a él con la posesión del conocimiento transformado en obra de arte, que entrega a la Humanidad entera.

El soneto, pues, se estructura en dos partes netamente distintas, que la anáfora (—*Sol, /Sol*) patentiza. En la primera, desorientación y extravío en la aventura intelectual recién iniciada, dolor ante los contrarios irreconciliables, ante la confusión, que es el verdadero obstáculo de la mente («gorgs pregons que m'aturen, astuts», 4). En la segunda, una afirmación categórica y exultante en la que los contrarios se hallan juntos sin contradicción en la potencial perfección del conocimiento. En los dos cuartetos, un presente temporal continuo enclavado en el tiempo —presente gramatical, tiempo de la fazón; en los tercetos, un presente atemporal axiomático y eterno, el presente de la mente engastado en el yo del poeta. El microcosmos contiene la totalidad unificada del macrocosmos (*desert/neu-déu/diable*) en virtud de la Mente.

Los dos siguientes sonetos expresan un deseo, una aspiración intelectual. En ellos se aclara que la búsqueda del *astre ignorat* de I no es sólo el conocimiento en sí, sino el conocimiento hecho verbo poético, cristalización de la visión intelectual abstracta («Fixar l'imperi de la ment», II, 2) con que vencer los límites del tiempo y el espacio. Persiste la noche: desazón y dificultad de la *pellegrinatio* (y el doble adjetivo —*dura/dolent*— lo corrobora) y, como el paisaje de I, noche del Yo que todo lo comprende, llámese inconsciente de donde brota toda creación y conocimiento,<sup>4</sup> o, lo que es lo mismo, atemporalidad, intimidad del Ser, custodiado en el microcosmos. De esta noche no surge la *inspiración* como luz que viene de lo alto; no hay más creación que la que sale de uno mismo, del trabajoso esfuerzo del pensar y construir a un tiempo: «I amb hàbils mots, la passió naixent, / Del meu estil pogués fer presonera» (II, 3-4).

La obra de arte resuelve en la Forma, como la Mente en la pura Comprensión, la dualidad y la disgregación («sense esment / Del fosc i el rar», II, 7-8). En medio de estos versos arteramente oscuros, se dibuja con claridad el ideal clásico de la Forma y el concepto renacentista del arte como oficio y del artista como artesano —*homo faber*—, que aproximan a Foix no sólo a Valéry, sino también, por ejemplo, a De Chirico. Pero hay, además, un ideal estilístico, el que ve la forma como pura adherencia a la carne de la materia: forma transparente que es un todo con el fondo, significado hecho significante. Torciendo el cuello al cisne y haciendo suyo el *aspro parlar* del epígrafe dantesco, Foix adhiere, inútil decirlo, a aquel «vorrei essere scarno ed essenziale» de Montale, que es propio de toda la poesía —pura— moderna.

En el tercer soneto, se advierten elementos extraños, y aun contrarios a la *dura nit*. La pasión rigurosamente intelectual de antes cede el paso a *desig, deler* y *plers*. Aparecen el *cor* y los *éssers de carn*; más allá, el *nàufrag* —el otro, la comunidad humana— y, por fin, el *instant*. El Yo aflora a la superficie del mundo exterior, sensible a las solicitaciones que provienen de la esfera sensitiva y material. En este soneto, que es como un programa ideal, intelectual y moral y una definición de la posición del yo en el mundo, Foix parece dar una respuesta y una *excusatio* a quienes exigen del artista

<sup>4</sup> Oigamos la voz del poeta: «Hi ha poemes que s'elaboren en el subconscient; en rellegir-los el primer que en queda sorprès és el poeta» en Albert Manent, «Entre la llegenda i la vida de cada día», *Setra d'Or*, enero 1973, n. 160, p. 21).

un «compromiso» político concreto: el poeta cumple con su deber social en el ámbito que le es propio: la poesía. El poeta no renuncia al mundo si no es para conocerle mejor y para transformar en «llenguatge vigorós» el «tot vital i rigorós» —la sustancia del Ser— que la mente capta también *en* el mundo de los fenómenos y en la esfera de la emoción y del sentimiento.<sup>5</sup>

Los sonetos IV y V retornan al estado profundo inicial, a una nueva reflexión *de* la conciencia (y no *sobre* la conciencia), que añade algo nuevo al estadio anterior.

Prosigue el proceso de penetración intelectual en los caminos de la noche —ahora en un doblete, el mar oscuro— que esta vez conducen a un resultado: *ports segurs* (IV,2). La mente capta, en efecto, la coherencia de las manifestaciones que los ojos de la sensibilidad ven por separado y como incompatibles entre sí. La Mente divisa la conciliación en la totalidad a través del oxímoron, que muestra hasta qué punto el lenguaje opera, en un acto único, el conocimiento y la expresión de lo permanente: «Els gels són calds, i res no és confús» (IV,3). Digo divisa (*veig*) porque el yo entrevé algo aún *al lluny*. El camino sigue siendo peregrinaje hacia *l'indret advers*, que, como el *astre ignorat*, tiene una connotación turbadora. Como el niño, la mente tiembla ante el misterio de lo desconocido, cuya *re-velación*, sin embargo, se impone como imperativo categórico.

La segunda estrofa de IV añade nuevos atributos al «de dol, i amb vetusta gonella» de I. El Yo, *membres lligats*, como en el soneto LXI («lligat de mans i sec com un hindú, / Vestit de pells») se desnuda de todo oropel que halague los sentidos y le *distraiga* del objeto de conocimiento; con el mismo fin, no sólo cierra los ojos (*ulls clucs*), sino que ata las manos para no perderse en sensualidades táctiles. Como en el místico, exaltado por la Luz que divisa en la lejanía, el sacrificio se torna gozo, el pedregoso camino, «*coixins i flors*», momentánea jubilación dionisiaca. En el éxtasis del conocimiento absoluto entrevisto, la mente asimila las contradicciones, supera el tiempo cronométrico y el espacio concreto («*Sóc a París, i entre ermits, a Lladurs, / Ensems vestit i nu*» IV,7-8), en favor del Tiempo y del Todo.

Al contrario de la escala mística, camino único de la fe que conduce a la divinidad, los caminos del intelecto son múltiples e inciertos (*calls incerts*, *Ibid.*). A la exaltación de los dos primeros cuartetos, sigue, gracias al hipérbaton que produce el verso 8 («i en calls incerts»), una interrogación que formula la *Raó*, la *dianoia*, que progresa discursivamente, dialécticamente (sintácticamente con una consecutiva, *doncs*): «El real, doncs, què és?».

Se trata, más que nada, de una pregunta retórica que no pone en entredicho la rotunda afirmación de los tercetos de I. No hay duda sobre qué es lo real, sino sobre cómo llegar a él. Para el poeta llegar a lo real significa no claudicar de su ser-mente, de su forma peculiar de conocimiento y de *producción*, que al vulgo pudiera parecer gesto vacío u ocioso («el fadrí mol / Sens gra ni boll»). En este preciso momento especulativo, paradójicamente, el duro camino del conocimiento transforma el atractivo mundo húmedo y vegetal de la superficie, o el consorcio humano, en árido y estéril desierto (IV,10-11). Como en los vv.2-3 del soneto IX, el Yo, en la comunidad, en cuanto ser-

<sup>5</sup> Es la respuesta que Foix formula en estos mismos años en «Poesia i Revolució», aparecido en *Quaderns de Poesia y reeditado en Darrer Comunicat, Barcelona, 1976, pp. 5-9.*